

RECENSIONES

LUCIANO CANFORA, *El viaje de Artemidoro. Vida y aventuras de un gran explorador de la Antigüedad*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2011 (ed. orig., Milano, 2010), 351 pp.

EL *P.ARTEMID.*, UN TEXTO EN BUSCA DE AUTOR

La historia de todo texto debería comenzar con la de su autoría. Este principio metodológico, siempre fundamental, se torna inexcusable cuando se estudia una obra cuya atribución no puede establecerse más allá de cualquier duda razonable. Sobre las consecuencias, a menudo fatales, de desatenderlo, se encuentran no pocos ejemplos en los anales de la historia de la literatura, pero acaso ninguno de ellos tan memorable como la disputa sobre la autenticidad de las llamadas “Cartas de Falaris”. Hacia finales del siglo XVII se vivió en la ‘República de las Letras’ un agitado debate sobre los méritos literarios de los antiguos y los modernos cuyo punto álgido fue la edición de las “Cartas de Falaris” por ‘el honorable’ Charles Boyle en 1695. En 1697 el gran Richard Bentley publicó su primera disertación contra la autenticidad de tales cartas, a la que siguió una segunda y definitiva dos años más tarde como respuesta a las réplicas de Boyle y sus colegas (*A Dissertation upon the Epistles of Phalaris: with an Answer to the Objections of the Hon. Charles Boyle*, London, 1699). Bentley demostró conclusivamente que las cartas contenían anacronismos históricos y lingüísticos flagrantes, como nombres de ciudades o personajes que no existían aún en tiempos del tirano de Agrigento (c. 570-549 a.C.), el uso de un dialecto ático tardío o la imitación del estilo de autores que escribieron mucho después de la muerte de Falaris. Su conclusión fue que tales cartas debían ser obra de algún sofista o rétor muy tardío, de época imperial romana. El triunfo incontestable

de Bentley fue resultado de la creación de una obra maestra de controversia, erudición y método crítico, que ha permanecido hasta nuestros propios días como uno de los grandes hitos en la historia de los Estudios Clásicos.

Una vez más, pero ahora ya en los albores del siglo XXI, comprobamos los riesgos que conlleva la presentación apresurada de un nuevo texto sin atender lo suficiente la delicada cuestión de su relación histórica con la autoría supuesta. Tal como sucediera tres siglos atrás con el ‘caso Falaris’, el anuncio y la posterior edición de un importante texto —un papiro atribuido a Artemidoro de Éfeso— ha provocado una airada reacción crítica que atrae la atención de la comunidad académica y de buena parte de la sociedad culta de nuestro tiempo. La nueva polémica en la que vivimos inmersos desde hace ya más de cinco años ha generado un aluvión de publicaciones (más de doscientos títulos), con réplicas y contrarréplicas continuas por las partes contendientes, y por la sutileza argumental y la profundidad de la crítica y, por qué no decirlo, por la pasión y vehemencia con la que se defienden las distintas posiciones y por las implicaciones económicas y hasta políticas del caso, va camino de convertirse en uno de los más grandes debates de la historia reciente de nuestras disciplinas.

El papiro de la discordia (en adelante *P.Artemid.*) se anunció al mundo en 1998, en una publicación firmada por Claudio Gallazzi y Barbel Kramer, quienes decían haberlo examinado por primera vez en ese año. Entre esa fecha y el año 2006, cuando se expuso al público, el papiro fue adquirido (con la intermediación del ministro Giuliano Urbani) por la Fondazione per l’Arte de la Compagnia di San Paolo de Turín por la suma de 2.750.000 euros y se da noticias de



él (con detalles no siempre claros y precisos) en publicaciones especializadas y de divulgación, casi siempre a cargo de Gallazzi, Kramer y Salvatore Settis. Se trata de un gran papiro de casi 2,5 metros de largo y 32,5 cm de ancho, cuyo *recto* contiene un texto, que se presenta como el segundo libro de la *Geografía* de Artemidoro de Éfeso (el gran autor griego de cuya obra solo se conservaban testimonios indirectos), y un mapa, a los que acompañan, antes y después, numerosos ‘bocetos’ de partes de la anatomía humana (cabezas, manos, pies); sobre el *verso* aparece un rico ‘bestiario’ con animales reales y fantásticos. Todas estas particulares características hacen del papiro realmente un *unicum*, sin paralelos conocidos.

El punto de inflexión en la historia del texto fue la gran exposición inaugurada el 8 de febrero de 2006 en el Palazzo Bricherasio de Turín, que se acompañaba con un lujoso catálogo titulado *Le tre vite del Papiro di Artemidoro. Voci e sguardi dall'Egitto greco-romano*, editado por Gallazzi y Settis. Como el título anunciaba, sus autores desarrollaban en él la hipótesis genética de las ‘tres vidas’ del papiro, con la que se pretendía explicar su singularidad y apuntalar, en consecuencia, su autenticidad. Como cabía esperar, la exposición atrajo la atención del mundo académico sobre el *P.Artemid.* y propició que por primera vez especialistas independientes tuvieran la ocasión de valorar el nuevo y sensacional hallazgo. Y las voces críticas no tardaron en surgir. El 14 de septiembre de ese mismo año Dino Messina publicó un artículo en el *Corriere della Sera* con el combativo título de “Il papiro è un falso”. La guerra sobre la autenticidad del papiro había comenzado. Desde entonces no han cesado de multiplicarse las publicaciones, abanderadas por el profesor Luciano Canfora, con objeciones de diverso orden y con nuevos argumentos e hipótesis que han ido progresivamente asentado la idea de una autoría contemporánea del texto, de una falsificación decimonónica. Por su parte, los defensores de su autenticidad han promovido exposiciones (2008 y 2009) en Berlín y Múnich (*Anatomia del mondo. Scienza ed arte sul Papiro di Artemidoro*) y preparado una meditada *editio princeps* (C. Gallazzi, B. Kramer, S. Settis [eds.], con la colaboración de G. Adornato, A. C. Cassio, A. Soldati, *Il papiro di Artemidoro [P.Artemid.]*, Milano [LED],

2008), además, claro está, de eventuales réplicas a sus oponentes.

En el momento presente la polémica no está en absoluto zanjada (F. Condello, “Artemidoro 2006-2011: l’ultima vita, in breve”, *Quaderni di Storia* 74, 2011, 161-256), pero es muy evidente la posición de extrema debilidad de quienes defienden la atribución artemidorea ante la naturaleza, peso y autoridad de los razonamientos de quienes la atacan (y en ello, se me permitirá decirlo, se muestra su condición de alumnos —sin duda aventajados— del viejo maestro Bentley). La crítica más demoledora y ciertamente la más difícil de rebatir es la que concierne a los anacronismos patentes, tanto de orden lingüístico como fáctico, que presenta el texto. El griego de las tres primeras columnas recuerda demasiado al patrístico y bizantino, con giros y expresiones que solo se documentan en esa etapa tardía de su historia, y aún mayor perplejidad produce la constatación de la coincidencia entre las primera líneas del ‘proemio’ con la introducción de la traducción francesa del tratado geográfico del alemán Carl Ritter (*Géographie générale comparée*, Paris, 1835); no menos sorprendente resulta descubrir también similitudes entre ciertas expresiones del papiro y las utilizadas habitualmente por el reconocido falsario del s. XIX Constantino Simonidis. Sobre los anacronismos factuales (medidas de distancia, organización político-administrativa de las provincias hispanas, hidrónimos...) la crítica señala su coincidencia con los conocimientos que se suponían a Artemidoro a mediados del siglo XIX. No parece tampoco fácil de explicar la correspondencia del texto de la col. IV ll. 1-14 con el mayor fragmento de Artemidoro conocido hasta la aparición del papiro (fr. 21 Stiehle = Const. Porf., *De administrando imperio*, 23 [s. X], a su vez dependiente de Esteban de Bizancio [s. VI] y, en última instancia, de Marciano de Heraclea [s. IV o V]). Pero la crítica no solo denuncia anacronismos, sino que mantiene otras líneas de ataque que afectan también severamente a la autenticidad del papiro, como la dirigida hacia el diverso y heterogéneo ‘mosaico iconográfico’ que aparece tanto en el *recto* como en el *verso* o la que destaca la oscuridad que envuelve todo lo referente al contexto e historia de su descubrimiento (desde el momento y circuns-

tancias de su hallazgo hasta la restauración previa a su exhibición pública).

Como el lector advierte de inmediato, estos cinco años de polémica han sido enormemente fructíferos en resultados y en la actualidad nuestro conocimiento de la auténtica realidad del *P.Artemid.* es muy superior al que teníamos en el año 2006. Sin embargo, aún faltaba una investigación en profundidad sobre los verdaderos protagonistas del debate, es decir, el Artemidoro de Éfeso histórico y su *alter ego* moderno, Constantino Simonidis. Por esta razón es especialmente bienvenida la monografía del profesor Luciano Canfora *El viaje de Artemidoro. Vida y aventuras de un gran explorador de la Antigüedad*.

El profesor Canfora ha sido durante estos años la principal voz crítica con el papiro, trabajando incansablemente sobre él y afinando progresivamente sus argumentos e hipótesis respecto a su composición y autoría. Su intensa labor se refleja principalmente en las más de cincuenta publicaciones aparecidas hasta el presente, pero también en multitud de conferencias y seminarios (como el que dictó precisamente en la sede de la Fundación Mapfre de La Laguna en mayo de 2007, atendiendo amablemente a mi invitación). La obra que presento en estas líneas se ha de considerar, pues, un trabajo de madurez que reúne, amplía y articula los resultados de cinco años de investigación.

Los contenidos del libro se organizan en dos partes principales, dedicadas a Artemidoro y Simonidis respectivamente. En la primera, Canfora se propone reconstruir el perfil biográfico del extraordinario autor de Éfeso y esclarecer la naturaleza de la enciclopedia geográfica que compuso, atendiendo para esto último a las cuestiones fundamentales de “qué tipo de obra era, qué incluía y qué dejaba fuera, y con qué densidad narrativa”. En la segunda, trata de establecer el *modus operandi* del habilísimo y escurridizo Simonidis al ‘crear’ su propio Artemidoro, intentando explicar a la vez las razones que lo impulsaron a ello.

La principal dificultad de cualquier intento de reconstruir los episodios fundamentales de la biografía de Artemidoro de Éfeso, que floreció hacia fines del siglo II a. C., es la desesperante escasez de testimonios sobre ella. El propio Canfora reconoce francamente que apenas es posible

profundizar en su vida pública como notable de Éfeso ni en la relación entre ésta y su actividad intelectual como geógrafo. Pero el profesor de Bari ha sabido explotar magistralmente los magros datos que ofrece la tradición literaria para trazar las líneas maestras básicas de las vicisitudes de nuestro autor desde su antigua y estrecha relación con el famoso santuario de Ártemis efesia hasta sus viajes por el Mediterráneo. Establece convincentemente el sólido vínculo que mantuvo el geógrafo con el templo, seguramente como sacerdote, razón principal por la que sería elegido por su ciudad para defender los derechos o privilegios del santuario ante el senado romano, y muestra además cómo Artemidoro prestó siempre una especial atención al culto efesio en su recorrido por Occidente. Por otro lado, me parece verdaderamente clarificador el estudio que Canfora consagra al viaje y obra del autor, sobre todo por la confusión que reinaba en la bibliografía especializada (que en parte se explica por el naufragio de la propia obra). Sin poder aclarar del todo el porqué del viaje y al servicio de quién se realizó, considera que fue un viaje de juventud, en tiempos distintos, con finalidad práctica y bajo la protección de las autoridades romanas. La composición de la obra debió ser un trabajo ya bastante más tardío y gradual, lo que explica bien el resultado no uniforme que la propia tradición antigua destaca. Ese resultado fue sin duda mucho más ambicioso que el del simple periplo que muchos le atribuyen. Canfora demuestra a este respecto que la confusión tuvo su origen en un *Epítome de Artemidoro* (perdido también) que efectivamente realizó Marciano de Heraclea (s. IV-V d. C.) de los once libros originales y del que se nutrió la tradición posterior. Las *Geografías* de Artemidoro sería, en opinión del profesor italiano, una obra de carácter discursivo cuyos intereses excedían con mucho los del simple registro de topónimos y distancias, construida sobre la base de los datos tomados durante sus viajes y de sus lecturas geográficas, sobre todo de Agatárquides de Cnido (c. 215-145 a. C.).

Ya en los primeros estadios de la disputa sobre el *P.Artemid.* se consideró a Simonidis como candidato ideal al que atribuir su autoría, y desde entonces Luciano Canfora no ha cesado de seguir sus huellas. Los resultados de su investigación los



presenta en la segunda parte del libro como apasionante relato de las peripecias del mayor experto falsificador de manuscritos antiguos del siglo XIX. Cazador de códices, grandísimo calígrafo, avezado paleógrafo y competente teólogo, Constantino Simonidis fue capaz de confundir y hasta poner en evidencia a algunos de los mejores filólogos de su tiempo (cf. J. A. Farrer, *Literary Forgeries*, London, 1907, pp. 39-66). Canfora descubre su obsesión por los geógrafos antiguos, de quienes busca y hasta roba manuscritos (como los folios del *Vatopedinus* 655 que sustrajo del Monte Athos), que lo llevó a ‘completarlos’ allá donde no quedaban sino fragmentos o lagunas, para luego venderlos o donarlos a distintas instituciones europeas. Simonidis encontró pronto en su carrera como falsario a Artemidoro y, mientras buscaba códices griegos por las bibliotecas de media Europa, fue alimentando el proyecto de ‘restituir’ la obra perdida del gran geógrafo efesio. El profesor Canfora documenta los contactos que interesadamente establece Simonidis con algunos reconocidos intelectuales y coleccionistas europeos, con la intención de que se le facilite el acceso a bibliotecas, museos y fondos privados y al mismo tiempo conseguir financiación para editar sus ‘creaciones’. En su proyecto de revivir a Artemidoro fueron fundamentales los papiros que pudo estudiar en París (como el *Parisinus graecus* 2009,

donde encontró uno de los más largos fragmentos del geógrafo, o el ‘Eudoxo’, en cuyo *recto* se alternan texto e imágenes) y Heidelberg (sobre todo el *Palatinus graecus* 398, con los llamados ‘geógrafos menores’). Ya en los últimos capítulos de su investigación, Luciano Canfora detalla el proceso de ‘fabricación’ del (pseudo)Artemidoro y la posible suerte posterior de ese trabajo sobre papiro que nunca llegó a publicar en vida, y que debió permanecer durante largo tiempo ignorado entre los fondos de la colección Mayer de Liverpool (Joseph Mayer, coleccionista de papiros, fue protector de Simonidis en Inglaterra) “hasta que alguien lo desenterró”. Como colofón a esta extraordinaria aventura intelectual en pos del huidizo Constantino Simonidis, el profesor Canfora presenta un documento autobiográfico del autor que se creía desaparecido y que es resolutivo respecto a la autoría del *P.Artemid.*

A la vista de la viveza e interés social del debate sobre el *P.Artemid.*, ante las poderosas energías intelectuales desplegadas en la contienda y considerando, en fin, el nuevo conocimiento que ha generado, ¿quién se atrevería a decir que el ‘Reino de las Letras Clásicas’ es un país inmóvil y estéril?

José A. DELGADO DELGADO